

CAPÍTULO II.

ALABANZA Y DESEO.

La ciencia y la gracia.—*Viajero Doméstico Universal*.—
Qué es la Alabanza y el Deseo.—Amor de complacencia y benevolencia.—Valor de los actos internos.—Descripción de Dios.—Consideración sobre los atributos divinos.—Aplicación de la Alabanza y el Deseo á los tres instintos de los Santos.—Cómo alcanzaremos el amor de complacencia.—Seis cualidades que constituyen un Santo.—DEVOTA CLASE MEDIA de la Iglesia.—Ejemplos.—1.º De la *Raccolta*.—2.º Devociones de Lancisio á Jesucristo resucitado.—3.º Preparación de Santa María Magdalena de Pazzis para la festividad de Pentecostes.—4.º Renovación de votos y deseos heroicos.—Santidad metódica.—Liberación de espíritu.—Santa Gertrúdis y la antigua escuela ascética benedictina.—Maravilloso portento, que Dios tenga la dignación de amar á los hombres.—Prodigio más maravilloso todavía, el permitirnos que le amemos.—El colmo del pasmo y del asombro, que nos atrevamos á negarle semejante servicio.—Espíritu de reparación.—María es el *Benedicite* de los cristianos.—Alabanza del Sagrado Corazón de Jesús.—Alabanza del mismo Dios.

SECCION I.

La ciencia y la gracia.

Los hombres de ciencia, enamorados de las grandezas y riquezas que Dios ha derramado

á manos llenas sobre toda la naturaleza, llévanos á todo rincón y ángulo del mundo, para mostrarnos allí, hasta en los más viles insectos y en el maravilloso concierto de sus hábitos é inclinaciones con las necesidades y flaquezas que les distinguen, cuán llena está la creación, no ménos de la sabiduría y omnipotencia del Eterno, que de su amorosa solicitud y tierna compasión hácia todas las criaturas, hechura de su brazo: hé aquí, pues, exactamente las mismas excelencias que hemos visto resplandecer en el mundo espiritual, y en los ingeniosos artificios y suaves armonías que le enaltecen y coronan de gloria. Todo es por amor, y en una escala tan prodigiosa, que semejantes finezas de la paternal providencia divina, no parece sino que aun llegan á probar nuestra fe: Dios nos ama con un exceso de amor, que sobrepuja á todo encarecimiento, y suspira con vivas ansias ser amado de los hombres, y derrama sobre nuestras cabezas, con profusión increíble, innumerables auxilios y medios, á cual más eficaces, para que nosotros le amemos y promovamos su mayor honra y gloria. La teología es el traslado y viva imágen de las ciencias físicas: la teología nos enseña acerca de los Ángeles á quienes no hemos visto con los ojos

corporales, cosas tan asombrosas, como aquellas que la astronomía nos enseña de las estrellas que nunca hemos alcanzado á distinguir más que con el auxilio de algun instrumento óptico: la ciencia teológica arroja más luz sobre el mundo invisible espiritual, que aquella que el microscopio envia sobre el mundo invisible animal: la ciencia de las leyes de la gracia es un paralelo de la ciencia de las leyes de la vida: la historia y constitucion de la Iglesia es tan admirable en sus grandiosos portentos, como los anales de la prodigiosa ciencia geológica: los teólogos católicos, auxiliados de la revelacion, de la Iglesia, de la razon y las luces del Espíritu Santo, han explorado el espíritu, por lo ménos con la misma certidumbre y felices resultados, con que la ciencia moderna ha explorado la materia. Quienes se sonrien al oirnos hablar con tan profunda conviccion y facilidad increíble de los diferentes coros de Ángeles, aseméjense á aquellos que sueltan la carcajada, cuando alguno les habla del volúmen de un planeta, ó les asegura que la materia del mismo es tan lijera como el corcho: la incredulidad de la ignorancia, así en los unos como en los otros, es la que excita semejante sonrisa burlona. Antiguamente, la sublime inteligencia humana consagraba todas

sus fuerzas y asombrosa capacidad, á estudiar la vida de Dios, las perfecciones y grandezas que en Él resplandecen, la Encarnacion, la naturaleza y eficacia de la gracia, etc.: la revelacion ofrecia al entendimiento innumerables axiomas infalibles que resolver, y el resultado de sus investigaciones acerca de semejantes datos sobrenaturales fué la teología católica, monumento glorioso é inmortal que levantara el espíritu humano. Hoy esa nobilísima facultad lleva un rumbo enteramente diferente: despliega en la actualidad todas sus fuerzas y dedicase, con ahinco indecible, á estudiar las corrientes del Océano, las direcciones de los vientos, los fenómenos eléctricos y la naturaleza química de las estrellas; y el resultado de sus heróicos desvelos, aunque bastante maravilloso en el sistema de la ciencia moderna, difícilmente iguala á las *Sumas de teología escolástica*, aun considerados estos trabajos como meras ó simples producciones intelectuales.

La ignorancia de nuestra religion, más bien que otra cosa, es la que nos impide ver y discernir claramente el entrañable amor y cariño paternal que Dios tiene la dignacion de profesarnos. Para el salvaje, cuya distraida mente no se impresiona por otros fenómenos sino por aque-

llos que, por la grandeza y fuerzas asombrosas que suponen, causan un profundo estupor en el ánimo, como la tempestad, el espantoso estallido del trueno, la soberana majestad del sol, la inmensidad de los mares, el rugido de los vientos, las erupciones de los volcanes,—el Criador es simplemente el Dios de la omnipotencia y de la fuerza; pero que él contemplase los instintos y afecciones de los animales con aquella claridad con que la ciencia puede presentárselos delante de sus ojos, y entónces muy luego cambiaría las nociones que abriga en su entendimiento acerca del Criador. Así pues, cuando los cristianos tienen absorbidas todas sus potencias y sentidos en los negocios del mundo, sin ocuparse para nada de las cosas de Dios, únicamente aquellos fenómenos de la religion que infunden pavor en el ánimo, son los que llaman su atención, la muerte, por ejemplo, el pecado mortal, el infierno, la predestinacion; pero que lleguen á tomarse la molestia de bajar la mano ó de descender á examinar atentamente las minuciosas é ingeniosas leyes de la gracia, los secretos inefables de la oracion, las relaciones y armonias del mérito y la gloria, las hechiceras dulzuras de las indulgencias, los suaves misterios de Jesús y María,—y ya se formarán entónces, á no du-

darlo, un concepto algo más exacto de la grandeza é inconmensurabilidad del encantador amor divino: solo el estallido del rayo, en noche tempestuosa, conmueve el ánimo del hombre distraido; mas un oido delicado y atento percibe el tenue susurro de las hojas de los árboles blandamente movidas por el aura suave que suele levantarse á la caída de la tarde del caloroso verano.

Ya hemos visto cómo Dios nos provee de medios eficaces para que le amemos, dándonos no solamente todas sus divinas perfecciones y los misterios de su Hijo querido, para que ofrezcamos á su divina majestad semejantes riquezas, cual si fuesen de nuestro propio caudal; sino enseñándonos á unir nuestros pobres y ruines servicios á las obras é intenciones de nuestro Señor dulcísimo; y cómo todos estos ricos tesoros podemos aprovechar en la intercesion, accion de gracias y alabanzas al Rey soberano de la gloria. Avancemos, pues, ahora un paso más adelante diciendo, que en su anhelo por ser amado de los hombres, y en su vivo deseo de enriquecernos de medios con que poder presentarle semejante ofrenda en rendida adoracion; llega á levantar nuestros simples afectos á la excelsa dignidad de actos reales y eficaces, ha-

bilitándonos al propio tiempo para que le honremos, trasformando en culto gloriosísimo y muy celestial los simples y fugaces afectos ó deseos de nuestro corazón amoroso. Porque el Criador omnipotente, no solo acepta benigno el derramamiento de nuestra sangre, las asperezas de la carne y los sacrificios dolorosos; sino que le agrada asimismo y complácese grandemente en apacentar su gloria divina con alguna corta y liviana abnegación heroica de nuestra propia voluntad; así es que el espíritu más pusilánime de la creación puede amar al Hacedor, y amarle con amor muy abundante.

Quizá ninguno de nosotros habrá todavía echado en olvido aquel libro que leíamos en nuestra juventud, titulado, *Viajero Doméstico Universal*, y aquellas escenas del panorama encantador que ponía delante de nuestros ojos; libro que hacia las delicias de nuestros juveniles años, llenos de virginal candor: acaso recordemos asimismo, cómo retirados en nuestro lindo y alegre gabinetito, meciéndonos blandamente en nuestra sillita, diseminadas á nuestro alrededor, acá y acullá, las chucherías y enredos de aquellos juguetes que nos tuvieron distraídos é incontinentemente ocupados durante el espacio de una hora larga; cómo, repito, después de ya fatiga-

dos con semejantes entretenimientos propios de aquella edad, recorriamos, leyendo el libro, los desiertos arenales del África, y atravesábamos los risueños y floridos bosques del Brasil, y nos recreábamos con las erupciones fangosas de los volcanes de la Islandia, y acechábamos, en fin, á los Tártaros desde la gran muralla de la China. Pues bien; el amor de Dios ha realizado en nuestras devociones una cosa muy parecida al *Viajero Doméstico Universal*: caminamos asimismo, de uno á otro país de la tierra, suspirando en todas partes por la mayor gloria de Dios y adorando á Jesús sacramentado en los Tabernáculos desiertos y abandonados; recorremos las regiones sombrías del purgatorio, gimiendo y anhelando por la gloria de Dios é intereses de Jesús; subimos luego en espíritu á la Corte celestial, para que una vez allí, sin que llegue á deslumbrarnos la hermosura encantadora de esa patria dichosa, postrados ante el trono del Rey de la majestad, ofrezcamos á sus piés, en rendida adoración, el oloroso perfume de nuestros deseos interiores y oraciones mentales; pasamos, en fin, de un atributo á otro atributo del Altísimo, honrando á cada uno de ellos con alabanzas, bendiciones, congratulaciones, gozos, parabienes, y aun deseándoles

cosas imposibles, esto es, que sean incomparablemente más excelentes y perfectos de lo que son.

Y no se vaya á creer que semejantes ejercicios sean un mero entretenimiento, una simple ocupacion inocente con que recrear el ánimo contemplando las grandezas y maravillas de Dios nuestro Señor; sino que envuelven en sí mismos una verdadera adoracion muy agradable á los ojos de la majestad eterna del Monarca de la gloria, adoracion que tiene por blanco impetrar gracias actuales y asegurarnos los correspondientes grados de gloria en la patria del cielo. En efecto, nada hay en el mundo más real, como este culto que se rinde al Rey soberano de la creacion: las montañas roquizas son ménos reales que la verdadera adoracion; el mismo sufrimiento no es más que una ilusion, comparado con la realidad de aquel culto que tiene la virtud de complacer al Dios incomprendible; la gracia, siendo una maravillosa participacion de la naturaleza divina, es mil veces más sólida que todas las naturalezas de los hombres y de los animales, y la ley de la gravedad es ménos cierta que la gloria inefable de los bienaventurados del cielo: verdaderamente, los caminos de Dios son inexcrutables y diferentes de nuestros

caminos, y muy luego nos perdemos y abismamos en los juicios amorosos é incomprensibles del Altísimo. Si, pues, á pesar de nuestros escasos conocimientos sobre las cosas espirituales, todavía llegamos á tocar y palpar con las manos la espantosa realidad de cuanto tiene relacion con Dios nuestro Señor, ¿extrañará ya alguno, que los Santos hablasen de las cosas de la tierra con tal indiferencia y menosprecio, como si el dolor y el placer, la vida y la muerte se diferenciases tan poco entre sí, que importase lo mismo que pudiera al hombre sobrevenirle así lo uno como lo otro? No existe, pues, en efecto, ninguna ciencia que se iguale, ni á cien leguas, con la ciencia del amor de Dios.

SECCION II.

Qué es la Alabanza y el Deseo.

El asunto que al presente voy á ofrecer á vuestra consideracion es la Alabanza y el Deseo, juntamente con aquellas prácticas devotas que las personas espirituales nos legaron acerca de la misma materia. Es, pues, la Alabanza un afecto piadoso mucho más excelente que la accion de gracias: es una bendicion á Dios por